

era preciso cometer un atentado todavía más audaz; prender en su propio domicilio á diez y seis representantes del pueblo: para esta tarea se eligió entre los comisarios de policía á los que creyeron más aptos para convertirse en bandidos. Entre ellos se repartieron los representantes; cada uno tenía el suyo: Courtille obtuvo á Charras; Desgranges á Nadaud; Hubaut mayor á Thiers y Hubaut menor al general Bedeau. Dióse el general Changarnier á Serrat y el general Cavagnac á Colin; Dourleus se encargó del representante Valentin; Benois del representante Miot; Allard del representante Cholat; Barlet debía ir á casa M. Boyer (del Norte); el general Lamoriciere correspondió al comisario Blanchet, el comisario Grontier obtuvo al representante Greppo, y el comisario Baudrot al representante Lagrange. También fueron distribuidos los cuestores. M. Baze á Primorin y el general Lefló á Bertoglio.

En el despacho mismo del prefecto se habían extendido las órdenes de prision con los apellidos de los representantes, dejando solo en blanco los nombres de los comisarios, que se escribieron á última hora.

Además de la fuerza armada que debía auxiliarles, se mandó que acompañara á cada comisario una escolta de agentes de policía, algunos de ellos vestidos de paisanos.

Hacia las cinco y media mandaron que se aproximaran los coches de alquiler que tenían preparados, y en ellos partieron los comisarios con su acompañamiento, llevando cada uno sus instrucciones.

Al mismo tiempo, en otro rincón de París, en la calle Vieja del Temple, en el antiguo hotel Soubise, donde se estableció la imprenta Real, hoy Nacional, se fraguaba otra parte del atentado.

A la una de la mañana un transeunte que desembocaba en la calle Vieja del Temple notó que había allí varias ventanas profusamente iluminadas; eran las de los talleres de la imprenta Nacional; al advertir esto se adelantó hasta el semicírculo entrante en el que se abre el portal de la imprenta: la puerta principal estaba cerrada, y dos centinelas custodiaban la puerta lateral accesoria. El transeunte se asomó á ésta, que estaba entreabierta, y vió el patio de la imprenta lleno de soldados. Estos no hablaban ni movían el menor ruido, pero veía relucir las bayonetas. El transeunte quiso

entrar y uno de los centinelas le rechazó rudamente, diciéndole: *Atrás!*

Como los agentes fueron detenidos en la Prefectura de la policía, los cajistas de la imprenta fueron detenidos también para ocuparlos en un trabajo nocturno; mientras Hipólito Prevost volvía al palacio legislativo, el director de la imprenta Nacional volvía á ella desde el teatro de la Opera Cómica. En cuanto éste entró, se enteró de una orden que llegó para él durante el día del Elíseo; tomó un par de pistolas de bolsillo y bajó al vestíbulo, que se comunicaba por una escalera de pocos escalones con el patio de la imprenta. Al poco rato se abrió la puerta de la calle, entró un coche, y del coche bajó un hombre, que llevaba una cartera grande. El director se acercó á aquel hombre y le preguntó:

—Sois M. de Beville?

—Yo soy, respondió el hombre.

Condujeron el coche á la cochera, los caballos á la caballeriza y al cochero á una sala á piso de tierra, en la que le encerraron. Le dieron de beber y le pusieron una bolsa en la mano: las botellas de vino y las monedas de oro constituyen el fondo de la política de Bonaparte. El cochero bebió y se durmió. Lo dejaron solo y le pasaron el cerrojo de la puerta.

Poco después de haberse cerrado la puerta principal del patio de la imprenta se volvió á abrir para dar paso á hombres armados, que entraron silenciosamente. Después se volvió á cerrar. Los hombres armados eran una compañía de gendarmería móvil, la cuarta del primer batallón, que mandaba el capitán La Roche d' Oisy. Como puede comprenderse por nuestro relato, los hombres que dieron el golpe de Estado emplearon especialmente para todas las comisiones importantes á la gendarmería móvil y á la Guardia republicana, es decir, á los dos cuerpos compuestos casi enteramente de antiguos guardias municipales, que guardaban el rencor en el pecho desde los acontecimientos de Febrero.

El capitán La Roche d' Oisy se presentó con una carta del ministro de la Guerra, en la que disponía que él y su tropa se pusiesen á las órdenes del director de la imprenta Nacional. Cargaron las armas sin decir una palabra, pusieron centinelas en los talleres, en los corredores, en las puertas y en las ventanas y dos á la puerta de la calle. El capitán preguntó al director qué consigna debía dar á los soldados.—*Nada más sencillo*, contestó el

hombre que acababa de bajar del coche; *cualquiera que pretenda salir ó abrir una ventana, fusiladle.*

El que así acababa de hablar era M. de Beville, ayudante de Bonaparte, que se retiró con el director á un despacho que había en el primer piso, en un cuarto solitario, con vistas al jardín. Allí comunicó al director las órdenes que traía, que eran las siguientes: el decreto de la disolución de la Asamblea, los de llamamiento al ejército y al pueblo, el decreto de convocatoria á los electores, la proclama del prefecto Maupas y la carta de éste á los comisarios de policía. Los cuatro primeros documentos estaban escritos de puño y letra del presidente.

Los cajistas estaban esperando. Colocaron á cada uno de ellos entre dos gendarmes, prohibiéndoles que hablasen; les distribuyeron las cuartillas, dividiéndolas antes en pequeños pedazos para que ningún cajista se enterase de su contenido. Les advirtió el director que en el término de una hora tenía que quedar terminada la impresión. Los diversos pedazos compuestos se entregaron al coronel Beville, el que los unió y corrigió las pruebas. La tirada se verificó con las mismas precauciones; en cada máquina había dos soldados. A pesar de la advertencia, el trabajo duró dos horas, durante las que los gendarmes vigilaban á los cajistas y Beville á Saint-Georges, que era el director.

Cuando se terminó la impresión, sucedió algo sospechoso, algo muy parecido á una traición de la traición, que á tales accidentes están sujetos crímenes de esta naturaleza. Beville y Saint-Georges, los dos confidentes en cuyas manos estaba el secreto del golpe de Estado, tuvieron la idea de confiarlo inmediatamente á doscientos hombres, para ver el efecto que producía, como más tarde confesó Beville. Leyeron los documentos misteriosos, recién salidos de la prensa y mojados aun, á los gendarmes móviles, que estaban situados en el patio, y que los aplaudieron. Si les hubiera ocurrido silbar, no sabemos qué hubiera sido de los ensayadores del golpe de Estado, y quizás el mismo Bonaparte hubiera visto rayar el día en Vincennes.

Dieron libertad al cochero, engancharon el carruaje, y á las cuatro de la mañana el ayudante de órdenes y el director de la imprenta Nacional llegaron á la Prefectura de policía con los paquetes de los decretos. Allí comenzó para ellos

la criminalidad. Algunas cuadrillas de fijadores de carteles, que estaban esperando, los recibieron, y salieron en todas direcciones, llevándose los decretos y las proclamas.

Precisamente era el momento en que las tropas estaban cercando el palacio de la Asamblea nacional. Hay en la calle de la Universidad una puerta del palacio, que dá á la avenida que conduce al hotel del presidente de la Asamblea, la que, según costumbre, estaba custodiada por un centinela. Hacia ya algún tiempo que el ayudante mayor, que durante la noche llamó dos veces el coronel Espinasse, permanecía inmóvil junto al referido centinela. Cinco minutos después de salir de los Inválidos, el 42.º de línea, detrás del que iba el 6.º, desembocaba en la calle de la Universidad. El regimiento marchaba con el cuidado que se anda en la habitación de un enfermo, y sigilosamente llegaba á la referida puerta de la presidencia. Aquel regimiento era una emboscada que iba á sorprender la ley.

El centinela se puso en guardia, y al ir á dar el ¡quién vive!, el ayudante mayor le cogió por el brazo, y por su calidad de oficial encargado de levantar las consignas, le mandó que dejase libre el paso al 42.º de línea, y ordenó al mismo tiempo al portero, sorprendido, que abriera la puerta; ésta giró sobre sus goznes; los soldados se extendieron por la avenida; Persigny entró y dijo: "Ya está hecho."

En efecto; habían invadido la Asamblea nacional.

Al oír el ruido de los pasos acudió el comandante Meunier.

—Comandante, le dijo el coronel Espinasse, vengo á relevar vuestro batallón.

El comandante palideció; sus ojos quedaron fijos un momento en el suelo. Después, con rápido movimiento, puso las manos en sus hombros y se arrancó las charreteras; tiró de la espada, la rompió en la rodilla, arrojó los pedazos á tierra, y temblando de desesperación, gritó con voz terrible:

—¡Coronel, estais deshonrando á este regimiento!

—Está bien! está bien! contestó Espinasse.

Dejaron abierta la puerta de la presidencia, pero cerraron las demás. Releváronse todos los puestos, cambiando todos los centinelas; enviaron el batallón de guardia al campo de los Inválidos; los

soldados formaron pabellones en la avenida y en el patio principal, y el 42.º de línea sigilosamente ocupó las puertas exteriores é interiores, el patio, las salas, las galerías, los corredores y los pasillos. Todos dormían en el palacio.

A poco tiempo llegaron cuatro coches, escoltados por dos secciones de Guardia republicana, por cazadores de Vincennes y por grupos de policía; de los coches se apearon los comisarios Bertoglio y Primorin.

A la llegada de los coches apareció en la verja de la plaza de Bourgogne un personaje calvo y joven aun; tenía la apariencia de uno de esos elegantes que salen de la Opera, y efectivamente de allí venía, pero después de pasar por una caverna llegaba del Elíseo. Era M. Morny. Se paró un instante á ver cómo los soldados formaban pabellones, y después siguió hasta la puerta de la presidencia. Allí cambió algunas palabras con M. de Persigny. Un cuarto de hora después, acompañado de doscientos cincuenta cazadores de Vincennes, se apoderaba del ministerio del Interior, sorprendía en su lecho al despavorido Thorigny y le tranquilizaba al fin enseñándole la carta en que le daba las gracias Bonaparte. Despertado bruscamente y relevado de sus funciones de ministro, el anciano, estupefacto, frotándose los ojos, balbuceaba: "Entonces... el presidente es un...—Sí," le interrumpió Morny soltando una carcajada.

El que escribe estas líneas ha conocido á Morny. Morny y Walewsky tenían en la familia reinante la posición, uno de bastardo real y el otro de bastardo imperial. Vamos á decir quién era Morny. Un importante alegre, un intrigante poco austero, amigo de Romieu y patrocinador de Guizot; de modales elegantes y de costumbres de tahir; satisfecho de sí mismo, ingenioso, combinaba cierta liberalidad de ideas con la aceptación de crímenes útiles; sonreía graciosamente á pesar de tener los dientes feos; llevaba vida disipada, pero reconcentrada; era de buen humor, bien portado, intrépido, dispuesto á abandonar un hermano suyo prisionero y á arriesgar la cabeza por un hermano emperador; tenía la misma madre que Luis Bonaparte, y como éste, un padre cualquiera; lo mismo podía llamarse Beauharnais que Hahant, y se llamaba Morny; empujaba la literatura hasta el sainete y la política hasta la tragedia; era vividor y maton y tenía toda la frivolidad conciliable con

el asesinato; era un tipo que podía muy bien delinear Marivaux, con la condición de que lo retocase Tácito; sin conciencia, elegante, infame y amable, hasta el extremo de poder pasar por un duque; tal era éste malhechor.

Antes de las seis de la mañana las tropas empezaban á formar en la plaza de la Concordia, en donde las revistaba á caballo Leroy Saint-Arnaud.

Los comisarios de policía Bertoglio y Primorin hicieron formar en batalla las compañías bajo las bóvedas de la escalera principal de la cuestura, y acompañados por agentes de policía que conocían los rincones más secretos del palacio de Borbon, se internaron por los corredores.

El general Lefló ocupaba el pabellón que habitaba M. Yenchères en tiempos del duque de Borbon. El general Lefló tenía hospedados aquella noche á su hermana y á su cuñado, que por verle habían ido á Paris, y que se instalaron en un cuarto cuya puerta salía á uno de los corredores de palacio. El comisario Bertoglio empujó dicha puerta, la abrió y penetró bruscamente con sus agentes en el cuarto en que estaba acostada una mujer. El cuñado del general se arrojó de la cama y gritó al cuestor, que dormía en el cuarto inmediato: "Adolfo, fuerzan las puertas; el palacio está lleno de soldados: levántate." El general abrió los ojos y vió al comisario Bertoglio de pié, junto á su cama.

Entonces se incorporó.

—General, dijo el comisario, vengo á cumplir un deber.

—Comprendo, dijo el general Lefló; sois un traidor.

El comisario, balbuceando las palabras "complot contra la seguridad del Estado," desplegó una orden de prision. El general, sin decir nada, dió un puñetazo á aquel infame documento. Después vistió su gran uniforme de Constantina y de Médeah, creyendo en su leal ilusión militar que entre los soldados que iba á encontrar á su paso hallaría aun generales de Africa. Allí no había ya más que generales alevosos. Su mujer le abrazaba; su hijo, niño de siete años, en camisa y llorando, decía al comisario de policía:—Muchas gracias, señor Bonaparte.

El general, abrazando á su mujer, le murmuró al oído:—Hay piezas de artillería en el patio; procura que disparen un cañonazo.

El comisario y los agentes se le lleva-

ron. El general despreciaba á esos agentes miserables y no se dignó hablarles; pero cuando llegó al patio, cuando vió á los soldados, cuando reconoció al coronel Espinasse, su corazón militar y bretón se indignó.

—Coronel Espinasse, dijo, sois un infame y espero vivir bastante tiempo para arrancaros los botones del uniforme.

Espinasse bajó la cabeza y tartamudeó:—No os conozco.

El jefe de un batallón agitó la espada gritando:—"Ya tenemos demasiados generales letrados." Algunos soldados apuntaron las bayonetas contra el prisionero desarmado; tres agentes de policía le metieron en un coche, y un subteniente, acercándose y mirando frente á frente á aquel hombre, que como ciudadano era representante y como soldado general, le apostrofó con esta humillante palabra:—Canalla!

Entre tanto el comisario Primorin había ido también á sorprender con seguridad al otro cuestor, á M. Baze. Las habitaciones de éste tenían puerta á un corredor que se comunicaba con el salón de la Asamblea. El señor Primorin llamó.—"Quién vá?" preguntó un criado que estaba vistiéndose.—"El comisario de policía," respondió Primorin. El criado, creyendo que era el comisario de policía de la Asamblea, abrió, mientras M. Baze, despierto ya y echándose una bata, decía al criado:—No abrais.

Lo dijo tarde, porque ya un hombre con traje de paisano y tres agentes de policía, de uniforme, estaban dentro de la habitación. El comisario, entreabriendo el gaban y enseñando el fajín tricolor, dijo:

—Lo reconocéis?

—Reconozco que sois un miserable, respondió el cuestor.

Los agentes se apoderaron de M. Baze. —No me sacareis de aquí, repuso; sois comisario de policía, sois un magistrado, y no ignorais que estais atentando contra la representación nacional, que violais la ley y que sois un criminal.

Se empeñó cuerpo á cuerpo una lucha de cuatro contra uno; la señora del cuestor y sus dos hijas gritaban, y los agentes de policía alejaban de allí á la criada á puñetazos.

—Sois unos salteadores!

Se le llevaron destrozado, desnudo y con la bata hecha girones.

La escalera, el piso bajo y el patio estaban llenos de soldados con las bayo-

netas caladas y sobre las armas. El cuestor les apostrofó de este modo:

—Prendeis á vuestros representantes! No se os han entregado las armas para que destroceis las leyes.

A un sargento que lucía una cruz nueva le preguntó:

—Para esto os han dado esa cruz?

—No reconocemos más que un señor, le respondió el sargento.

—Me fijo en vuestro número, para saber cuál es el regimiento deshonrado.

Los soldados escuchaban estas palabras sombrías. El comisario Primorin les decía: "No contesteis; eso no os importa." Atravesando los cuerpos de guardia condujeron al cuestor al de la Puerta Negra. En lo alto de la escalera que á él conduce pusieron muchos centinelas, encargando la custodia del cuestor á tres agentes de policía. Pasaban y volvían á pasar por aquel sitio algunos soldados con armas y de chaqueta. Las dos pequeñas de M. Baze, aterradas, seguían con los ojos á su padre hasta que le perdieron de vista; la más pequeña se echó á llorar.

—Hermana mía, le dijo la mayor, que tenía siete años, recemos. Las dos niñas se arrodillaron, plegando las manos.

El comisario Primorin, con la turba de sus agentes, penetró en el despacho del cuestor, apoderándose de todo lo que encontró. Los primeros papeles de que hizo presa fueron los famosos decretos que estaban preparados para el caso en que la Asamblea votara la proposición de los cuestores. Abrieron y registraron todos los cajones. La visita domiciliaria del comisario de policía duró más de una hora.

Llevaron la ropa á M. Baze y se vistió. En cuanto terminó el despojo de su despacho, le sacaron del cuerpo de guardia. En un coche que había en el patio le hicieron subir, acompañado de tres agentes de policía. El coche se detuvo un instante en la avenida de la presidencia. Dos filas de soldados, con el codo apoyado en el cubo de la bayoneta, guardaban las aceras de la avenida. Al pié de un árbol conversaban tres hombres formando grupo. El coronel Espinasse, una especie de teniente coronel, que llevaba al cuello una cinta anaranjada y negra, y un jefe de escuadrón de lanceros. Los tres tenían la espada en la mano y concertaban algún proyecto. M. de Baze pretendió bajar los cristales del coche, que estaban levantados, para preguntar á aquellos hombres; pero los agentes de

policía le sujetaron los brazos. Se le acercó el comisario Primorin, que iba á ocupar un coche de dos asientos, que le condujo hasta allí, y le dijo:—Señor Baze, vais mal en el coche con esos hombres; conozco que estais mortificado; venid conmigo.—Dejadme, contestó el prisionero; con estos hombres voy mortificado, pero yendo con vos me mancharia.

Colocaron á los dos lados del coche una escolta de infantería, y el coronel Espinasse gritó al cochero:—Marchad al paso por el muelle de Orsay hasta encontrar la escolta de caballería, y entonces que regresen los de á pié. Partieron.

Cuando el coche doblaba el muelle de Orsay, llegaba á toda brida un piquete del 7.º de lanceros al mismo punto; rodearon el coche y todos partieron al galope.

No ocurrió ningun incidente en el trayecto. El trote de los caballos hacia abrir aquí y allá algunas ventanas, empezaba á circular por las calles alguna gente, y el prisionero, que por fin consiguió bajar un cristal, oía voces azoradas que se decían:—Qué es esto?

El coche se paró.—En dónde estamos? preguntó el cuestor.—En Mazas, le contestó un agente de policía.

Condujeron el preso al archivo. Había allí una mesa, ante la que se sentó el comisario Primorin, que había seguido al coche. Mientras escribía, M. Baze vió sobre la mesa un pliego de papel, que era un registro en el que estaban escritos los apellidos siguientes: Lamoriciere, Charras, Cavaignac, Changarnier, Lefló, Thiers, Bedean, Roger (del Norte), Chambolle. Indudablemente aquella era la nota del orden en que los representantes habían llegado á la prision.

Cuando terminó de escribir el señor Primorin, el cuestor le dijo:

—Vais á escribir mi protesta y á unir la al acta.

—Esto no es un acta, le objetó el comisario; es un simple auto de remision.

—Pues deseo escribir en seguida mi protesta, replicó M. de Baze.

—Tiempo tendreis en el calabozo, le contestó sonriendo un hombre que estaba en pié cerca de la mesa.

El cuestor volvió la cabeza y le preguntó:

—Quién sois?

—El director de la prision, respondió aquel hombre.

—Entonces os compadezco, porque no ignorais el crimen que cometeis.

El hombre palideció, balbuceando palabras ininteligibles. El comisario se levantó, y M. de Baze se apoderó del sillón que aquel dejó vacío, sentóse junto á la mesa y dijo:—Sois un funcionario público y por lo tanto os requiero para que unais mi protesta al acta.—Pues la uniré, le contestó el comisario. M. de Baze escribió la protesta siguiente:

“Yo, el abajo firmado, Juan Didier Baze, representante del pueblo y cuestor de la Asamblea nacional, arrancado violentamente de mi domicilio del palacio de dicha Asamblea y conducido á esta prision por la fuerza armada, á la que no pude resistir, declaro y protesto en nombre de la Asamblea nacional y en mi propio nombre del atentado cometido contra mis colegas y contra mí.

„Dada en Mazas á 2 de Diciembre de 1851, á las ocho de la mañana.

BAZE.”

Mientras esto sucedía en Mazas, los soldados reían y bebían en el patio de la Asamblea, haciendo café en marmitas. Habían encendido en el patio hogueras enormes; el viento las agitaba de tal modo, que á veces llegaban hasta la pared misma de la sala. Un empleado superior de la cuestura, oficial de la Guardia nacional, que se llamaba Raymond de la Croisette, se atrevió á decirles:—“Vais á pegar fuego al palacio.” Un soldado le dió una bofetada.

Cuatro de las piezas que sacaban del patio de los cañones las pusieron en batería contra la Asamblea, dos en la plaza de Bourgogne, mirando á la verja, y dos en el puente de la Concordia, vueltas hácia la escalinata.

Al márgen de esta instructiva historia anotemos un hecho: el regimiento 42.º de línea fué el que prendió á Luis Bonaparte en Boulogne; en 1840 ese regimiento persiguió al conspirador, y en 1851 prestó su fuerte apoyo al conspirador contra la ley. Bellezas de la obediencia pasiva.

IV.

Otros hechos nocturnos.

En todos los barrios de París se presenciaron aquella noche escenas de bandolerismo. Hombres desconocidos, conduciendo tropa armada y armados ellos también, llegaban sigilosamente á una casa, cercaban las inmediaciones, forzaban la entrada, ataban al portero, invadian la escalera, se precipitaban en

la habitación de un hombre dormido, y cuando éste, despertando sobresaltado, les preguntaba:—Quiénes sois?, el jefe contestaba:—El comisario de policía. Esto pasó en casa de Lamoriciere, que fué asaltada por Blanchet y amenazada con una mordaza; en casa de Greppo, que le abofetearon y le derribaron al suelo; en casa de Cavaignac, que apresó Colin; en casa de Thiers, á quien acometió Hubant, refiriendo que tembló y lloró, añadiendo de este modo la impotencia al crimen; en casa de Valentin, que se apoderaron de él en la cama, cogiéndole por los piés y los brazos y encerrándole en un coche de policía; en casa de Miot, destinado á sufrir los tormentos de los presidios africanos; en casa de Roger del Norte, que, valiente y espiritualmente irónico, ofreció vino de Jerez á los bandidos. A Charras y á Changarnier los prendieron de improviso. Vivían casi enfrente uno del otro. El 9 de Setiembre Changarnier despidió á quince hombres armados que defendían su casa durante la noche, y el 1.º de Diciembre, Charras, según hemos dicho, descargó las pistolas, que estaban cargadas sobre la mesa cuando le sorprendieron los salteadores. Al comisario de policía que se arrojó sobre ellas le dijo Charras:—*Imbécil, si estuviesen cargadas, tú ya no vivirías.*

Los hombres que prendieron de este modo en sus casas eran representantes del pueblo, eran inviolables; de modo que al crimen de la violación personal unieron el crimen de violar la Constitución.

Ningun descaro faltó á esta afrenta. Los agentes de policía estaban contentos y algunos de estos bribones se chaceaban. En Mazas los carceleros se burlaban de Thiers. Nadaud les reprendió seriamente. Hubant, menor, despertó en la cama al general Bedean, diciéndole:—General, estais preso.—Soy inviolable.—Menos en el caso de flagrante delito.—En flagrante delito de sueño. Le cogieron por el cuello y le arrastraron hasta el coche.

En Mazas, al encontrarse Nadaud con Greppo y Lagrange con Lamoriciere, se estrecharon las manos y esto excitó la risa de los agentes de policía. Un coronel llamado Thirion, que llevaba la cruz de comendador, presenciaba el acto de anotar en el registro á los generales y á los representantes.

—Miradme cara á cara, le dijo Charras; Thirion se marchó.

De este modo, sin contar otras detenciones que se efectuaron más tarde, prendieron durante la noche del 2 de Diciembre á diez y seis representantes y á setenta y ocho ciudadanos. Los dos agentes del crimen, al dar cuenta de lo ocurrido á Luis Bonaparte, se expresaban de este modo: *Enjaulados*, le escribió Morny; *Amarrados*, le escribió Maupas. El uno en la jerga de los salones y el otro en la jerga de los presidios; ambos estaban en carácter.

V.

Oscuridad del crimen.

Versigny acababa de dejarme.

Mientras me vestía, entró un hombre en quien yo tenía absoluta confianza. Era un pobre y honrado ebanista, sin trabajo, á quien yo daba asilo en una habitación de mi casa, escultor en madera y bastante instruido. Se llamaba Girard. Entró temblando:

—Qué dice el pueblo? le pregunté.

Girard me contestó:

—No sabe lo que le pasa. El hecho se ha verificado de tal modo que es poco comprensible. Los obreros leen los carteles, no dicen una palabra y se van á su trabajo. De cada ciento hay uno que habla para decir:—Bien! La ley del 31 de Mayo queda derogada.—Bueno! El sufragio universal queda restablecido.—Está bien.—Arrojan á la mayoría reaccionaria.—Magnífico.—Thiers está preso.—Perfectamente.—Se han apoderado de Changarnier.—Bravo.—Se paran ante los carteles hombres que aplauden. Ratapoil explica á su modo el golpe de Estado á Jaime Bonhome; Jaime Bonhome se deja engañar. En una palabra, tengo la convicción de que el pueblo se adherirá.

—Eso debe ser, le contesté.

—Qué vais á hacer, M. Víctor Hugo? Saqué de un armario mi banda y se la enseñé.

Girard me comprendió y nos estrechamos las manos.

Al marcharse éste entró Carini.

El coronel Carini es un hombre intrépido. Mandó la caballería á las órdenes de Mieroslawsky en la insurrección de Sicilia, y me había referido en páginas conmovedoras y entusiastas aquella insurrección liberal. Carini es uno de los italianos que aman á Francia como los franceses amamos á Italia. En este siglo todo hombre de corazón tiene dos pa-